



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

EL MODELO DE SOCIEDAD QUE DIFUNDEN ALGUNOS PERIÓDICOS

Por JUAN CANTAVELLA
Universidad San Pablo-CEU

La doctrina social de la Iglesia no sólo señala los derroteros por donde deben desenvolverse las relaciones entre obreros y patronos, sino que pretende un mejoramiento de la sociedad en general. Aunque se centre en el ámbito laboral, su visión es más amplia y abarca la vida entera. De esa manera podemos hablar de que los documentos pontificios, aquellos que inciden directa o indirectamente en este campo, lo que hacen es plantear un modelo cristiano de sociedad. Tal propuesta no se la inventan los papas en el momento de exponerla, sino que lógicamente desarrollan y aplican principios que siempre han estado ahí, pues proceden de nuestros orígenes.

A ellos hay que remontarse siempre cuando necesitamos descubrir las paredes maestras de la vida cristiana. Es el evangelio —y, con sus luces y sus sombras, la Iglesia— quien propone a las gentes un tipo de sociedad con un muestrario de valores que los cristianos conocemos bien, aunque no siempre seguimos con la firmeza y la radicalidad que se nos exige. Pero, aun sabiendo cuáles son nuestras obligaciones, los seguidores de Jesús parece que nos sintamos atraídos por la práctica de una especie de autoengaño que consiste en rebajar las exigencias allí contenidas, en un afán muy humano de echarle agua al vino. En realidad, nos gusta estar a buenas con todos, o sea, servir a Dios y al dinero, por ejemplo ¹. Ya nos las arreglamos para hacer compatibles a Dios con la comodidad, con el lujo, el conformismo, la falta de compromiso... En definitiva, tenemos la voluntad de seguir sus mandatos, pero nos quedamos a medio camino, confortados por las mil excusas

¹ Algo que no siempre tenemos en cuenta, a pesar de la admonición tan severa de Jesús: «Ningún criado puede servir a dos amos, pues odiará a uno y amará a otro, o será fiel a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero» (Lc 16,13).

que encontramos para justificar nuestro comportamiento y con olvido de un mandato tajante: «Entrad por la puerta estrecha» (Mt 7,13).

Naturalmente, en esta lucha cotidiana entre la coherencia y la tibieza tendemos a caer en brazos de la segunda, aunque lo más frecuente es mantenernos en una posición intermedia. No nos apartamos de Dios, aunque tampoco nos acercamos demasiado. Sin duda, tenemos miedo de que esta cercanía nos queme. Andamos poniendo una vela a Dios y otra al diablo. No lo queremos admitir, porque tomada en sentido literal la frase nos parece inaceptable por dura, pero esa es la verdad.

Pero, claro, nos decimos con harta comprensión y no escasa complacencia, si vivimos en el mundo, ¿cómo no ser mundanos? ¿Cómo prescindir de ese afán tan natural de ser personas de nuestro tiempo, de no distinguirnos de los demás, ni siquiera en el mandato de buscar la perfección, o sea, la santidad? ¿A quién le gustaría que le señalaran con el dedo para decir de él que es un santo, un beato quizás, un «meapilas», un ingenuo servidor de los demás? Más vale que, aun sabiéndole individuo religioso, alaben esa actitud de «apertura» a toda clase de realidades: los negocios, las riquezas, la ostentación, la promiscuidad, el frecuentar relaciones plurales donde todo es lícito, el compadreo, la corrupción que practican los demás, el «ligoteo», cierta falta de escrúpulos bien vista socialmente... A los demás les interesa que nos comportemos así, porque de esa manera no los ponemos en evidencia. Y nosotros hemos aprendido el sutil juego de poseer bienes sin poner nuestro corazón en ellos, como si eso fuera posible.

En los años setenta se hablaba mucho de que nuestro país se estaba secularizando. Sin duda. No vamos a entrar en consideraciones sociológicas, pero eso es lo que ha sucedido. En el terreno personal, el cambio ha significado que los individuos y las familias han ido abandonando poco a poco aquellas exigencias que una vivencia profunda de su religión les reclamaba para irse acomodando a lo que es normal en un ambiente distendido y que sólo piensa en el disfrute del momento. Estamos en una sociedad que también tiene sus valores, claro está. Estima necesaria la democracia y la participación en el terreno social; habla (no siempre hace lo suficiente) de remediar las necesidades económicas de los menos favorecidos; defiende la fidelidad en la pareja, hasta que

deja de amarse y entonces concluye la relación; procura el bien de los débiles, aunque sea ingresando a los padres ancianos en una cómoda residencia; practica la solidaridad, sobre todo cuando se convierte en profesión y resulta bien retribuida...

Eso está bien, pero no es exactamente lo que un cristiano reclama y debe dar. Pero, como se trata de la ideología dominante, cuando las ideas otrora defendidas con pasión se van diluyendo, nos adaptamos a lo que llega, sin cuestionarnos seriamente si basta con ello para ser cristianos o estamos practicando el abandonismo de nuestras creencias. Todo vale, hay que ser modernos, no seas chinche.

Pero hay que hablar con claridad y dejarnos de medias tintas: ese modelo de sociedad en el que los cristianos nos hemos ido instalando confortablemente no es precisamente cristiano. No es que sea perverso; simplemente, es diferente del que debemos seguir. Y nosotros, en vez de tratar de cambiarlo, de tirar de él para acercarlo a los valores del evangelio, lo que hacemos es dejarnos arrastrar, dimitir de nuestras obligaciones y de nuestras exigencias porque nos resulta más cómodo, más rentable, menos comprometedor. Y nos dejamos llevar por la corriente, porque la radicalidad del evangelio tiene un precio, que no estamos dispuestos a pagar. Es más fácil deslizarse por el acolchado tobogán de la vida muelle.

Contravalores

En general, la sociedad que nos envuelve no nos ayuda a mantenernos íntegros y cabales. Una parte muy significativa —un porcentaje que las encuestas no cuantifican en toda su gravedad o es que miramos hacia otro lado cuando lo hacen— se mantiene al margen de las prácticas religiosas y lleva una vida pagana, en la que el disfrute del momento, el culto al cuerpo, la inanidad, el contentarse con lo fácil, la permisividad inconsciente, la insolidaridad o la falta de compromiso (entre otros contravalores) aparecen como predominantes. Esa actitud se extiende cada vez más y es altamente contaminante.

De la misma manera que la bacteria de la legionela se expande en el aire a través de los respiraderos de los tubos de refrigeración

situados en algunos edificios, el virus letal que nos induce a que rebajemos los valores y las actitudes que el cristianismo predica llega también al oxígeno que respiramos por diferentes cauces: uno de ellos se manifiesta a través de los medios de comunicación social. Hay que precisar: no es uno más, sino casi diríamos que es la puerta principal de entrada de estos elementos; de la misma manera que, cuando se actúa de forma debida, constituyen un auxiliar inapreciable para la difusión de las ideas positivas. No es necesario hablar de sus potencialidades, porque éstas son obvias (si no lo fueran, no habría tantos aspirantes a apoderarse de ellos).

Las televisiones ejercen una poderosísima influencia en este sentido, y sus mensajes —tanto los explícitos como los implícitos— son de una contundencia que aplasta. Con frecuencia aportan a la sociedad elementos de interés, promovidos con buena voluntad para su mejoramiento, pero esto queda sobrepasado y en ocasiones anulado por la fuerza de ciertas imágenes o por la expansión de un ambiente viciado, el que muestra como lo más natural del mundo comportamientos y formas de vida que repelen a una conciencia rectamente formada. Pero como resultan atractivos y son fáciles de seguir y se ofrecen como algo perfectamente insertado en nuestro tiempo, terminan por ser seguidos por una masa numéricamente importante, primero con la extrañeza de la novedad y más tarde con normalidad. ¡Si todos lo hacen! ¡Si no lo hago yo seré un antiguo, o una antigua! ¡Si hasta es bueno y aconsejable hacerlo así!

Nos estamos refiriendo a comportamientos muy diversos, que van desde las pérdidas ingentes de tiempo, como esas salidas nocturnas desenfrenadas, al incumplimiento de las obligaciones laborales o estudiantiles; desde el aprovechamiento de los demás, a la defraudación en los impuestos; desde el enriquecimiento meteórico y desorbitado, a la banalización de algo que siguen llamando amor; desde el sexo prematrimonial, a la infidelidad en la pareja; desde el lenguaje desenfadado, a la exhibición de cualquier clase de intimidad. Poco a poco van calando tales actitudes en la sociedad, hasta el punto de que a casi nadie le causa extrañeza que se produzcan, incluso en ambientes que hasta entonces habían permanecido inmunes a tales desmanes.

Se podría pensar que, al dirigirse a un público amplio y que no se plantea obligaciones muy estrictas, no es necesario afinar

mucho y que es indispensable no ser estrictos para complacer a los zafios. Cabe decir ante ello que se trata de una consideración equivocada y, por supuesto, interesada. El no comer delicias todos los días no significa que la meta sea alimentarse con bazofia: tal vez sea cuestión de ir mejorando paulatinamente la dieta y enseñar a esos tales que también hay que ir acostumbrando el paladar a bocados más exquisitos. Es cuestión de tiempo y de voluntad, pero es posible evolucionar. Si el que saca tajada de la comida basura no va a mostrar ningún interés en proporcionar una educación gastronómica, ¿qué esfuerzo pondrá en dar espacios saludables el que saca beneficio de los programas-basura?

Lo bueno de la proliferación de éstos es que llega un momento en que lo malo estraga el estómago de quienes se ven obligados a ingerirlo. No vamos a alegrarnos de su existencia, por aquello de que «cuanto peor, mejor», pero creemos que llegará un momento en que el público se soliviantará y los dirigentes de las distintas cadenas tendrán que rectificar. Al menos, esa es nuestra esperanza, porque no se puede caer tan bajo, ni estar engañando a todo el mundo y durante todo el tiempo.

Precisamente por esta simpleza y estafa con las que a menudo nos ofenden, hemos querido dejar al margen a la televisión y centrarnos en la prensa, ya que apreciamos que ésta puede situarse en una mayor altura y dignidad. Como no necesita atraer con métodos burdos, pero inmediatamente eficaces, y pueden preparar sus contenidos con un cierto sosiego, pensamos que el producto resultante es más fácil que llegue a los lectores con el marchamo de una calidad elevada.

La lectura sistemática de la prensa nos lleva a pensar que no todos los periódicos son iguales en este sentido y que buena parte de ellos mantiene una actitud que puede ser aceptable e incluso elogiable, mientras que otro sector nada despreciable (por sus ventas y por las personalidades que lo apoyan), mantiene una posición que merece ser analizada con una cierta calma. No es que, en general, dirijan ataques abiertos contra los principios que sustentan ese modelo cristiano de sociedad ni que alardeen de situarse al margen, sino que, de forma sutil y continuada, despliegan una serie de ideas, recurrencias e imágenes que nos hace concluir que hay un alejamiento clarísimo y una difusión, un sí es, no intencionada. Está claro que no tienen ninguna ilusión en la persisten-

cia de una sociedad cristiana, mientras que se hallan movidos por la convicción de que están llamados a propiciar el cambio.

Sin caer en la cuenta

¿Qué nos hace pensar de esta manera? Los pequeños o grandes detalles con que nos obsequian cada día —aunque no nos demos cuenta—, pero que se ponen en evidencia cuando en un momento dado nos paramos a reflexionar y llevamos a cabo un examen de cuanto nos hemos ido encontrando. Lo resumiremos en unos cuantos puntos, los primeros referentes al trato que recibe la Iglesia católica y todo lo relacionado con la vida espiritual; después respecto a cuestiones generales:

1. Ausencia de una auténtica y amplia información sobre la Iglesia católica y sus actividades. Lo que aparece suele referirse a los aspectos marginales, siempre presentado con un distanciamiento crítico, mientras que se magnifican asuntos, reuniones y opiniones que se hallan en el límite de lo permitido². Se aprecia una especie de retintín en las informaciones que atañen a los aspectos religiosos, como si se quisiera poner de manifiesto en todo momento el distanciamiento al que aludíamos antes. Los artículos han sido escritos mayoritariamente por individuos ajenos a la jerarquía y, en muchas ocasiones, en abierta confrontación con ella.

No deja de causar cierta extrañeza el tono con que se califican y apostillan determinadas informaciones. Veamos algunos ejemplos. La crónica sobre la visita de la plantilla del Real Madrid al Pontífice comienza de esta manera: «La venerable aparición del papa Juan Pablo II, encorvado sobre sí mismo, su voz apenas audible, sumergido en un sillón en su recóndita residencia veraniega de Castel Gandolfo, a las afueras de Roma, paralizó ayer al

² Lo cual no significa que el acercamiento de la Iglesia a los medios de comunicación, por medio de los informadores religiosos, esté siendo correcto. Hay muchos comportamientos de la jerarquía que deben ser corregidos y el diálogo entre ambas partes debe establecerse de una manera fluida y constante. Véase nuestro trabajo: «El informador religioso ante la Iglesia y la sociedad», en Juan José Fernández Sanz, José Carlos Rueda Laffond y Carlos Sanz Establés (eds.): *Prensa y periodismo especializado (historia y realidad actual)*. Guadalajara, Ayuntamiento, 2002. También, «La Iglesia española al encuentro de la opinión pública», en el Encuentro de Informadores Religiosos celebrado en la Universidad de Castilla-La Mancha (Toledo), en junio del año 2002 (en prensa).

Real Madrid...» (*El País*, 17 de septiembre de 2002): nadie les puede achacar ninguna ofensa en esta forma de redactar, pero conociendo las constantes referencias que han ido saliendo en sus páginas sobre el estado de salud y la decrepitud física del Papa (que insinúan la necesidad de abandonar la dirección de la Iglesia) cabe pensar que los adjetivos utilizados no son tan inocentes como aparentan (apenas audible, encorvado, sumergido, recóndita), sino de alguna manera intencionados y con una carga negativa. ¿Qué decir del siguiente titular, aparecido el mismo día en la sección de «Sociedad»? «29 misas para celebrar la canonización de Escrivá». El Opus muestra su poder en la elevación a los altares de su fundador el 6 de octubre». Realmente, si les parece escandaloso que el Opus Dei programe la celebración de 29 misas con este motivo (podían haber sido doscientas, porque tienen sacerdotes para éstas y muchas más) y confieren a este hecho el significado de una muestra de fuerza, están dando la sensación de padecer un «paletismo» muy acusado. Su corresponsal en Roma llega a decir que es «una demostración del poderío de esta *iglesia* dentro de la Iglesia, muy fiel al Papa y bien engranada en la burocracia vaticana». Pues, como todas las demostraciones sean como ésta, se equivoca de medio a medio.

2. Se aprecia un abandono de lo sobrenatural, de todo aquello que hace pensar a muchas personas en la existencia del Ser Superior, de la vida eterna, de un juicio post mórtem que premiará o castigará los comportamientos sobre la tierra. Todo se reduce a pasar por este mundo: de lo que se sitúa más allá, sólo se suele hablar cuando se trata de posturas o doctrinas un tanto exóticas.

3. Lo religioso, en todo caso, se reduce a la intimidad, como una actividad de la que es mejor no dar cuenta públicamente. Las manifestaciones externas parece que ofenden el laicismo que algunos desearían que lo impregnara todo. En su planteamiento, lo religioso no es algo de lo que haya que avergonzarse, pero casi. En esa misma línea habría que situar su desdén por la enseñanza de la religión en las aulas, actividad que desearían ver eliminada. El enfoque sobre los problemas surgidos con la continuidad de ciertos profesores es sólo una manera de atacar la autoridad de los obispos y su responsabilidad en cuando a la ejemplaridad de los docentes. Esta actitud se extiende a la existencia de centros de enseñanza

que son llevados por religiosos y religiosas. No se tiene en cuenta el derecho de los padres a elegir la educación que prefieren para sus hijos, sino que buscarían eliminar este sector que molesta e irrita a muchos en su afán laicizante.

4. Son frecuentes los comentarios acerbos y satíricos sobre los sucesos desgraciados que tienen un origen o una vinculación con lo religioso, en general, y con la Iglesia católica, en particular. Las guerras de religión, las persecuciones religiosas, las condenas a los herejes, los errores científicos difundidos y otros acontecimientos de esta naturaleza, pero contemplados con los ojos y la perspectiva que permite el tiempo presente, son tratados como hechos risibles y argumentos descalificadores, ante los que sólo se admite el que sea entonado el «mea culpa»³.

Potenciar lo bueno

5. La política internacional y la nacional es la que ocupa un papel sobresaliente en los diarios (junto con los deportes) y los contenidos llegan marcados por el signo de la confrontación. Ya sabemos que nuestro planeta se mueve con excesiva frecuencia bajo el estrépito de las batallas y que la violencia se halla instalada entre nosotros como si la sangre y la adrenalina fueran requeridas constantemente para engrasar la maquinaria de los humanos. No ignoramos, por otra parte, que la prensa necesita informar de los enfrentamientos que se producen en su entorno. Pero, frente a ello, es posible una presentación de la realidad que incida en tales líneas sólo lo justo y, al tiempo, potencie todo lo que a nuestro alrededor se está realizando para la concordia, la solidaridad y la educación en esos valores. De esa manera, trabaja no solamente

³ Es curioso el trato que se da al comportamiento de los cristianos durante la guerra civil española. Después de haber sufrido una persecución tenaz y sumamente sangrienta, se promueve y casi se exige la petición de perdón por su parte. Por supuesto que hay que pedir perdón, porque un enfrentamiento de esta clase es algo incivil y hasta bárbaro. Pero en el caso que aquí nos ocupa la petición debe provenir de todas partes: no hay buenos y malos, sino víctimas y verdugos en los dos bandos. Por fortuna, la tácita reconciliación de las dos Españas ya se ha producido, y si la Iglesia canoniza o beatifica a sus víctimas, la izquierda española promueve homenajes a sus prohombres. No debemos escandalizarnos por tales decisiones, ni por unas ni por otras, sino dejarlas discretamente en el ámbito de la historia, que es donde se hallan ya, dado el tiempo transcurrido.

en reflejar la verdadera faz de la humanidad (siempre plural y contradictoria), sino que se ayuda también en conformar a la gente en la dirección positiva a la que debemos tender. Con tal esfuerzo es posible acercarnos al modelo cristiano de sociedad.

6. Los elementos de la vida cotidiana que en esos periódicos aparecen reflejados se dirigen en numerosas ocasiones (al menos esa es la impresión que producen en el lector) al mero disfrute de lo inmediato: erotismo, enriquecimiento rápido, valoración del riesgo... También merecen un gran realce actividades, servicios y objetos que podríamos encuadrar en un nivel de lujo al que no tiene acceso la mayoría de la población (dicho de otra manera: se presentan como cotidianas muchas cosas que sólo se hallan al alcance de un pequeño porcentaje de ciudadanos). Asimismo parece que se fomenta el consumismo, sobre todo en los suplementos dominicales, a través de reportajes, secciones de moda, cocina, hogar, muebles, belleza; en los anuncios...

7. Los personajes a los que se entrevista manifiestan interés —o responden a las incitaciones que se les presentan— en aparecer como transgresores, rompedores de lo que muchos de ellos consideran tabúes sociales. Eso les lleva a expresar opiniones sobre cuestiones públicas que van más allá de lo que se considera permisible. Casi es su tarjeta de visita; su forma de presentarse como modernos (o post-modernos), de vuelta de todo.

8. Los productos culturales también parece que deban ir en la misma línea. No basta con informar de aquellos que se salen de lo normal o exponer soluciones atrevidas a los problemas de siempre, sino que se muestra preferencia por los que pinchan: se los jalea, se habla de ellos una y otra vez, se exaltan sus méritos y se les compadece por la incomprensión que sufren a consecuencia de las ideas retardatarias de un sector de la sociedad.

Dos ejemplos tomados de la sección cultural en los días en que preparábamos este escrito. La película hispano-mexicana *El crimen del padre Amaro* vuelve a ser objeto de información en el diario *El País*, esta vez porque se ha convertido en la película más taquillera de México. Es apenas una excusa para dedicarle tres cuartos de página, porque aquí no se alegan excelsos méritos cinematográficos, sino el hecho de que «la intensa controversia sobre algunas escenas, que la jerarquía católica y grupos conservadores tildaron de sacrílegos, ha multiplicado el interés». El argumento

de la cinta no es original, puesto que está basado en la novela del mismo título del portugués Eça de Queiroz, escrita nada menos que en 1875. Pero se la mexicaniza, se añaden referencias desagradables hacia la Virgen de Guadalupe —que no estaban en su origen y que sus autores saben que ofenderán sin ninguna duda a los fieles a esta advocación, tan arraigada allí— y de esta manera se aseguran el escándalo y por tanto la difusión. «La furia de quienes pedían su censura fue su mejor promoción», dice *El País* (16 de septiembre de 2002), que se recrea hablando una y otra vez de esta película provocadora y ofensiva. Otro titular, éste publicado al día siguiente: «Los productores de un filme acusan a la Iglesia de presionar para que no se estrene». Lo niegan los responsables de la diócesis de Barcelona y de la Conferencia Episcopal. En esa tesitura, ¿tenemos que creer necesariamente a los productores? Por otra parte, ¿qué fuerza tienen los obispos para impedirlo? En el caso de que se les hubiera instado a que no exhibieran la cinta, ¿no sería lícito hacerlo, si la consideran difamatoria e injusta? Tampoco el argumento, del que se da una sinopsis en la noticia, se presta a pensar que se trata de una ofensa gravísima. Entonces, ¿qué sentido tiene la noticia y qué garantía tenemos de que sea cierta y no un elemento más de propaganda?

9. Da la impresión de que las cuestiones laborales no importan por sí mismas, sino en la medida en que pueden extraerse unos rendimientos políticos. Nos lo hace pensar el trato dado a temas como la huelga general del mes de junio de este año o los accidentes mortales que se producen en los lugares de trabajo.

10. Se da una importancia excesiva a la presencia de grupos diferentes, aquellos que se salen de la norma, a los que hay que dotar de toda clase de derechos y hasta privilegios. Que un grupo de nudistas acuda a la Puerta de Alcalá de Madrid para reivindicar el permanecer desnudos en lugares públicos es objeto de privilegiada presentación en un periódico⁴. Lo mismo cabe decir de colectivos como el de los homosexuales, divorciados, sacerdotes casados y otros.

La sexualidad se presenta llena de derivaciones originales y variopintas, porque —al decir de Shere Hite— «no todos los tipos

⁴ Tres cuartos de página en la portada del suplemento de Madrid de *El País*, 16 de septiembre de 2002. Resultó rentable el despliegue, porque inmediatamente el Ayuntamiento les hizo algunas concesiones.

de amor encajan en el esquema aprobado por la sociedad, el de evolucionar hacia una pareja heterosexual perfectamente ajustada... No todas las relaciones tienen por qué consistir en ensayos de felicidad conyugal reproductora» (*EPS*, 4 de agosto de 2002, p. 87). Debe ser por eso que a continuación —en la sección «Grandes pasiones»— se ofrezca el relato de las relaciones homosexuales entre la escritora Gertrude Stein y Alice B. Toklas.

11. Algunos temas conflictivos y objeto de rechazo por parte de la Iglesia católica se han convertido en objeto de una verdadera campaña de ciertos medios, en la que cargan buena parte de su capacidad de ser escuchados y atendidas sus pretensiones. Logrados en su momento el reconocimiento del divorcio y del aborto, activos todavía en la ampliación de los supuestos que permiten éste y en la introducción de la eutanasia en la práctica médica, van aprovechando las puntas de lanza de los avances científicos atrevidos que se enfrentan con la firmeza doctrinal de la Iglesia. En los últimos tiempos es la investigación con los embriones congelados lo que les mantiene en plan combativo. Si quieren defenderla es lógico que acepten los artículos favorables o que escriban editoriales en el mismo sentido, pero no que conviertan la información en arma para la consecución de un fin ideológico. En las páginas de algunos diarios son constantes las noticias y reportajes que insisten una y otra vez en la necesidad de llevar a cabo estas pruebas y los males que se derivarán si desperdiciamos la oportunidad de legalizarlas.

Desde la perspectiva periodística, no se acaba de entender esa beligerancia, sobre todo cuando se emplean métodos propios de las páginas doctrinales y no la imparcialidad de las informativas. El 21 de septiembre de 2002 nos enterábamos del comienzo de una acción para reunir las quinientas mil firmas necesarias con el fin de que se pusiera en marcha una iniciativa legislativa que obligaría a discutir el tema en el Parlamento. Hasta ahí, todo normal (o casi, porque lo importante es lo que se logra, no lo que se intenta). Pero es que el diario *El País* llevaba la cuestión a la primera página y centraba el interés de la recogida de firmas en el colectivo de los enfermos de diabetes, machacados por la dureza de soportar un mal crónico. En la breve nota de la portada campaban dos conceptos clave: se trata de investigar con «embriones congelados sobrantes de las clínicas de fecundación artificial»

(o sea, material que se tiene que tirar) y que ésta es «una de las vías más esperanzadoras para lograr que los diabéticos dejen de depender de sus diarias inyecciones de insulina» (servirá con toda seguridad para curar o aliviar las penas que sufren dos millones y medio de españoles). Por si eso no fuera bastante, la firmante de una de las cartas seleccionadas ese día (entre las docenas de candidatas) incide en la cuestión de las células madre desde el relato de su calvario personal como enferma de párkinson, dando a entender que con la clonación terapéutica desaparecerían sus sufrimientos.

12. ¿Cuántos de los colaboradores habituales o columnistas de algunos periódicos se atreven a expresar públicamente su pertenencia a la Iglesia católica? Seguro que los directores lo juzgarían una manifestación proselitista, cuando abundan los que se declaran agnósticos o claramente contrarios. ¿No se atreven a confesar sus creencias o es que no contratan a nadie con esta adscripción? Nadie podría asegurar que se trata de una decisión deliberada de los responsables de estos medios, pero ciertamente resulta sospechosa.

En fin, es un tanto sorprendente que los medios informativos que se comportan de esta manera, no tengan más en cuenta la realidad sociológica de su público, tal vez porque sus lectores no nos tomamos la obligación de recordárselo. No se trata de hacer un periódico para nosotros solos ni contra nadie, sino de no consentir que tampoco lo hagan contra nosotros. También hay redactores, colaboradores y directivos de las empresas que se sienten incómodos por esa línea de actuación que se ven obligados a soportar y deberíamos apoyarnos más en ellos. En ésta, como en otras cuestiones que nos atañen, tendríamos que comportarnos de una manera más efectiva y exigente. Los que compramos un diario, nos paramos en un punto del dial o somos fieles a una cadena de televisión también tenemos derecho a que sea escuchada nuestra voz y sin duda existen cauces para ello. Es cuestión de aprovecharlos para que se nos respete. No pedimos privilegios, sino una atención consecuente con el número de los creyentes, aportaciones a la sociedad y el peso de nuestra historia.

La doctrina social de la Iglesia señala los derroteros por donde deben navegar las relaciones entre obreros y patronos, pero también pretende un mejoramiento de la sociedad en general. De esa

manera podemos hablar de que los documentos pontificios de carácter social lo que hacen es plantear un modelo cristiano de sociedad. Ese modelo, que emerge del evangelio y de las enseñanzas de la Iglesia, ofrece un muestrario de valores que los cristianos conocemos bien, aunque no siempre seguimos con la firmeza y la radicalidad que se nos exige. En nuestro tiempo, nos toca enfrentarnos a una secularización que diluye nuestros valores en el magma de una sociedad que no desea profundizar, comprometerse en serio ni exigirse demasiado.

Cierto sector de los medios de comunicación no nos ayuda en nuestro esfuerzo, en cuanto que está ofreciendo un modelo de sociedad que se aleja de lo que los cristianos reconocemos como propio. En la televisión, sobre todo, nos están presentando como normal comportamientos y actitudes que no tenemos más remedio que rechazar, por más que hayan calado en nuestro entorno y se estén aceptando con la mayor tranquilidad. Nos estamos refiriendo a cuestiones muy diversas que van desde el enriquecimiento meteórico y desorbitado a la banalización de algo que siguen llamando amor; desde el sexo prematrimonial a la infidelidad en la pareja; desde el lenguaje desenfadado a la exhibición de cualquier clase de intimidad; desde las pérdidas ingentes de tiempo, como esas salidas nocturnas desenfrenadas, al incumplimiento de las obligaciones laborales o estudiantiles; desde el aprovechamiento de los demás a la defraudación en los impuestos.

Le damos poca importancia a esta influencia nefasta de la televisión, pero a la larga transformará la sociedad de una manera impensable. Tampoco hay que minusvalorar la labor que están realizando determinados periódicos, con esa forma de situarse frente al modelo cristiano de sociedad y oponer otro que podríamos calificar de pagano. Es una labor insidiosa, que puede dar tan malos frutos como los que tememos darán los medios audiovisuales.

Si examinamos con atención las páginas de esos diarios, observaremos un claro desdén a la religión católica y sus jerarcas; un abandono de lo sobrenatural; una voluntad de marginar la enseñanza de la religión, juntamente con ese dejar a un lado la educación que imparten religiosos y religiosas; una reducción de lo religioso a la intimidad; en la vida cotidiana se ensalzan elementos como el erotismo, enriquecimiento rápido, riesgo innecesario, cul-

to al cuerpo, lujo y consumismo; hay un interés por destacar las transgresiones y en potenciar los productos culturales que se alejan de la norma (cuanto más atrevidos y provocadores, mejor); se da importancia excesiva a los grupos diferentes o desviados y apoyo decidido a cuestiones expresamente rechazadas por la Iglesia (el aborto en el pasado; ahora, la eutanasia o la investigación con embriones)...

Los usuarios de los medios debemos actuar de una forma más efectiva y exigente. No son privilegios lo que pedimos, pero tampoco debemos consentir que se nos margine en aras de una pretendida modernidad.